

Relatos del cuerpo

Taliana Montes Olascoaga

Universidad de Cartagena
Facultad de ciencias humanas
Programa de Lingüística y Literatura
Cartagena de Indias D. T. Y C.

2015

Relatos del cuerpo.

Taliana Montes Olascoaga

**Trabajo en Creación Literaria presentado como requisito para
obtener el título de profesional en Lingüística y Literatura de la
Universidad de Cartagena**

Raymundo Gomez CÁSSERES

Asesor

Universidad de Cartagena

Facultad de ciencias humanas

Programa de Lingüística y Literatura

Cartagena de Indias D. T. Y C.

2015

Agradecimientos:

A todas las personas que alguna vez creyeron que podía ser posible, a esos amigos que no dejaron de animarme en cada paso, y finalmente, a mis padres por estar ahí.

Tabla de contenido

Prologo:

- El relato del autor..... 6
- La Literatura y yo..... 10
- Bibliografía..... 17

Relatos:

- Sonrisa..... 18
- Creciente..... 21
- Vocación..... 23
- Nightmare..... 25
- Viviana..... 26
- Confesiones..... 36
- Maniquí..... 41

Relatos del cuerpo:

Taliana Montes

El relato del autor

Sabes que estás en problemas cuando decides tomar un lápiz y comenzar a escribir. Quizás no te des cuenta enseguida pero a lo largo de los años lo sabrás, entonces puede que te sientas atrapado y angustiado pero consciente de que esa decisión nunca fue un error. Así transcurrirá tu vida, pensando que puedes escribir algo medianamente decente para que alguien lo lea y sea tocado por ese pequeño texto, uno que se engendró de cierta locura, la tuya. Esa que te hace concebir un mundo donde los animales poseen sentimientos y los seres humanos tienen veneno corriendo por sus venas. Donde el amor es más que la emoción de posesión y que se convierte en una comunión con el dios que ha sido creado a imagen y semejanza de tu corazón; porque el escribir implica dejar un pedazo de corazón en ello. Muchas veces lo das a voluntad, otras es una exigencia del mundo que has creado; es un sacrificio para poder existir. Ahí es cuando duele, duele porque eres el dios de ese mundo, duele porque aunque ames a tu pueblo no debes intervenir y cambiar su destino, duele porque eres masoquista y amas ese dolor.

Lo sabes, no puedes estar sin ese lugar que vive en tu cabeza, sin ese montón de palabras que lo construyen y toman forma a través de tus manos, y que explotan en un papel brotando como un orgasmo, volviendo la escritura un placer necesario y culposo. Pero lejos de toda culpa está la necesidad del oficio del escritor que implica algo más que tomar una pluma y apilar cierta cantidad de palabras de forma coherente, Cortázar lo define así:

Los cuentos fantásticos, son productos neuróticos, pesadillas o alucinaciones neutralizadas mediante la objetivación y el traslado a un medio exterior al terreno neurótico; (...) En cualquier cuento breve memorable se percibe esa polarización, como si el autor hubiera querido desprenderse lo antes posible y de la manera más absoluta de su criatura, exorcizándola en la única forma en que le era dado hacerlo: escribiéndola. (Cortázar, 1969 p.403)

Cortázar no fue el único que lo vio de esa forma, también Poe sentía la necesidad latente de exorcizar a esos pequeño demonios que danzaban incesantes en su cabeza. Visto de esa forma el ejercicio de escribir es la necesidad de liberarse por unos momentos de los ángeles, las criaturas y las personas que solo existen en tu mente, que curiosamente están contigo desde el momento de tu nacimiento y sólo te abandonan por unos instantes, mientras son plasmadas en el papel, sin embargo regresan al cuarto que les corresponde en ese palacio mental que llevas sobre los hombros. Aquí comienza esa relación del escritor con su creación.

Imagina tener que convivir con personas que se hacen a partir de ideas pequeñas, que ves crecer, tomar forma, madurar convertirse por así decirlo en adultos todo esto ocurre sin que nadie más lo note, solo tú, el escritor. Eres consciente de todo ese proceso, verlo de esta forma es un asunto solitario, de ahí la razón por la cual el ser escritor va de la mano con la soledad, por mucho que trates de compartir con otros ellos no entenderán, no pueden ver dentro de tu mente. Uno pensaría que entonces el escritor está condenado a estar solo, a estar completamente asilado porque sus propios iguales no comprenden la magnitud de lo que pasa dentro de su cabeza, pero ahí está el secreto: se

encuentra rodeado de tal manera de miles de posibilidades y mundos que surgen de esa misma soledad, que al final de cuentas resulta ser el elixir de la creación, tal vez esa sea la razón de que nadie conozca el rostro de Dios, tal vez por eso se ha ausentado tanto tiempo. Ya lo dijo Roberto Bolaño (2003):

¿Por qué a la soledad? (...) y si, por ejemplo, surge un poeta o un vulgar declamador, lo más probable es que el próximo poeta o declamador no nazca hasta la generación siguiente, por lo que el poeta se ve privado acaso del único que podría apreciar su esfuerzo.

Esto implica la soledad del escritor, estar condenado a ser incomprendido porque otros no puede ver lo que él sí. Entonces comienza esa necesidad de que conozcan lo que él ve, y en esa búsqueda casi frenética empieza a borrarse la frontera entre la invención y su autor, fundiéndose en uno solo. Esta unión sólo se ve interrumpida por unos instantes cuando el creador finalmente logra traducir a la realidad el mundo en el que habita. A pesar de que el autor y su obra están relacionados íntimamente, no puede confundirse la voz del escritor con la voz del narrador: el autor es un mero mediador entre su obra y lo que está fuera de él.

El texto literario no se referiría directamente a la realidad, no trabaja con la realidad "en bruto", sino a su materia prima que es la realidad previamente valorada, leída interpretada, a partir de esquemas, tradiciones, códigos, sistemas que circulan en la sociedad y la historia. (Iser, 1987 p.3)

Así mismo este es uno de los trabajos de escritor: revelar qué posibilidades hay en su interior, de modo que intenta esta práctica: el ejercicio de plasmar la realidad que se desvela desde sus ojos en un papel. Sólo le quedara como alternativa

cuando ya no tenga otra forma de transmitir lo que siente, escribir, escribir para no ahogarse, escribir para no morir, escribir para saber que no se está solo, escribir porque necesita hacerlo, escribir para sí mismo, escribir porque le dijeron que no podía hacerlo, escribir para que otros conozcan, y finalmente, escribir. No hay otra forma de vida que no sea esta.

La Literatura y yo.

Esta ha sido la relación más compleja y curiosa que he tenido, recuerdo que mi primer acercamiento fue poco placentero, más bien algo incómodo y aburrido. Odiaba leer, no entendía qué satisfacción les producía a las personas que practicaban a menudo el ejercicio. Pienso que se debía a la edad y a las lecturas que me tocaba hacer cuando era niña, a veces eso es un factor que te define en cierta medida como persona. Llegar al gusto fue complicado, incluso con once años tenía problemas con la lectura, cuando debía leer en voz alta en clases de castellano, era un completo martirio, sentía que todos me observaban atentamente esperando que me equivocara o leyera mal, cualquier cosa, no importaba sólo era cometer el mínimo error para ser señalada como alguien lento e incapaz de realizar de forma correcta una habilidad que debía tener dominada para esa edad.

Ahora después de tantos años lo reconozco, el problema con la lectura y la escritura era algo que se me dificultaba en más de un sentido, ni yo misma entendía cómo había superado la primaria y llegado hasta un bachillerato. Me culpaba constantemente por mi estupidez.

Sin embargo, haciendo memoria en cómo comenzó todo, esa relación de odio con el paso del tiempo se transformó en el más puro amor que he podido sentir. Fue por una de casualidades del destino, esas que solo se dan una vez: en uno de los libros de comprensión de lectura que exigía el colegio donde estudiaba, se encontraba un texto de Julio Cortázar. Mientras ojeaba el texto, me llamó la atención el dibujo de un sofá verde que hacía de fondo para la serie de palabras

que estaba pulcramente organizadas. Del otro lado de la página se podía apreciar una especie de parque de robles, como si el sillón mirara hacia una ventana inexistente y la siguiente página era esa ventana. Lo observé un rato e imaginé que estaba sentada ahí, absorta en el paisaje, sonreí para mis adentros y decidí darle la oportunidad al cuento.

El título no me decía nada, era absurdo a mi parecer. ¿Quién llamaba a un cuento *Continuidad de los parques?* Me pareció tonto, sin embargo, recordé que le había dado la oportunidad, así que no tenía nada que perder. Entonces emprendí la lectura, pero un fragmento al principio del texto atrapó mi atención:

Volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde. (Cortázar, 1964)

Pensar que había imaginado casi la misma situación que el personaje del libro fue una sorpresa; me asusté un poco, era la primera vez que tenía esa clase de conexión con algún texto. Ahí comenzó la necesidad de saber qué pasaría después, por un momento me sentí como el personaje, decidí seguir, el texto había logrado su cometido, o más bien Julio Cortázar lo había logrado. No me sentía tonta leyendo, comprendía perfectamente el cuento, me sumergí tanto en la lectura que no noté el cambio sutil e imperceptible que había. Todo estaba escrito de tal forma que solo podías disfrutar mientras la intriga se apoderaba de ti.

Sólo unas oraciones más y ¡boom! El final que nadie esperaba, eso me sacudió por completo, de pies a cabezas, el preciso instante donde todo cambió. Cuando terminé, me levanté de la silla, miré a mi alrededor y todos mis compañeros de clases estaban concentrados en la lectura que había mandado el profesor para ese día. Sentí la necesidad de salir corriendo, saber que la serie de imágenes que estaba corriendo por mi mente eran solo producto de la lectura y no algo que había vivido, pero nunca lo hice, sólo me senté y esperé a que la clase acabara.

Después de ese acercamiento se originó una obsesión por encontrar algo parecido a ese texto, y fue una búsqueda frenética que aún no acaba. Leí en esos años todo lo que no había leído antes, devoraba libro tras libro con esa ansia de satisfacer mi curiosidad. En algún momento del camino, y sin darme cuenta, mi comprensión lectora mejoró a tal punto que leer era un placer necesario.

En mi búsqueda me encontré con más cuentos de Julio Cortázar, también conocí a Gabriel García Márquez; por pura casualidad me topé con Christine Nöstlinger. Leí a Gustavo Adolfo Bécquer. Las recomendaciones que me llegaban también ayudaron mucho, en un principio no entendía la poesía, pero autores como Giovanni Quessep y Raúl Gómez Jattin enseñan a apreciarla y a sentirla.

Llegó el punto que desee hacer eso, escribir, crear mis propias historias, mundos posibles y realidades imaginables. El deseo creció tanto hasta hacerme sentir que podía ser posible. En ese momento me di cuenta que era lo único que deseaba hacer, la literatura se había vuelto una necesidad que se había apoderado de mí. Entonces, de alguna forma comprendí que esto era todo lo que tenía, lo que era,

en lo que me había convertido: el ansia de escribir. De esta forma comencé a escribir al principio sólo cuentos, fragmentos que se me venían a la cabeza, cosas muy sencillas, sólo ejercicios. Bien lo dice Capote cuando se refiere al ejercicio del escritor como algo constante y de completa dedicación:

Si alguien me preguntaba en qué estaba ocupado todo ese tiempo, les decía que con mis tareas escolares. En realidad, nunca hacía tareas escolares. Las literarias me mantenían totalmente ocupado: se trataba de mi aprendizaje en el altar de la técnica, del oficio, de las endiabladas complicaciones de la división en párrafos, la puntuación, el empleo del diálogo, para no mencionar el gran diseño total, el gran arco que exige comienzo, medio y final. (Capote, 1994: p.5)

Este largo viaje que emprendí me ha enseñado a conocerme, a saber que se necesita mucha fuerza de voluntad y coraje para escoger vivir de esto. Escribir en el país donde estar vivo significa morirte de hambre; no hay futuro, a menos que te conviertas en otro Gabo. Las posibilidades de que te reconozcan más allá de tus amigos son nulas, posiblemente naciste pobre y morirás pobre. Sin embargo, a pesar de saber que no vas a vivir de la escritura, tiene cierta satisfacción optar por este camino. Es una forma de reafirmarte como un ser que un día pensó que sería buena idea dejar cualquier opción segura para vivir de la miseria de sus sueños, como lo afirma Stephen Vizinczey “es preciso decidir que es más importante para uno: Vivir bien o escribir bien”.

Esta es la realidad con la que te estrellas, me pasó más de una vez y cada golpe fue más fuerte que el anterior. El porrazo que te hace despertar es duro y la herida que te queda puede que nunca sane. Te darás cuenta que hay una diferencia

enorme entre escribir bien y hacerlo mal. Después entenderás que no es suficiente escribir bien como afirma Truman Capote en su prólogo de *Música Para Camaleones*: “Dejé de divertirme cuando descubrí la diferencia entre escribir bien y mal, y luego hice un descubrimiento más alarmante aún: la diferencia entre escribir bien y el verdadero arte. Una diferencia sutil, pero feroz” (Capote, 1994: p.5). El golpe más duro fue cuando viví en carne propia lo que quería decir Capote. Esa autoflagelación; nada de lo que hacía era bueno, llegué a odiar cada palabra que escribía y a pensar que eso no tendría futuro.

Ahí es donde entra en juego la parte del coraje, falta mucho valor y fuerza de voluntad para levantarse de esa autoflagelación, donde te lames constantemente las heridas para abrirtelas con los dientes. De alguna forma, sólo si estás dispuesto se encuentra la forma de seguir, vuelves a las lecturas, recuerdas que no sólo es escribir por escribir, no se puede escribir sin antes haber leído, y con todo eso las lecturas que se hacen nunca son suficientes, por eso es importante mantenerse leyendo.

Entonces, estando en ese lugar de autoflagelación, consumiéndome en odio, lo entendí: mi ego estaba lastimado, por eso no podía escribir. Debía entender que escribir era un acto egoísta pero a la vez uno de amor que se hace para uno y para los seres con quienes convives. No estaba sola, en el sentido estricto de la palabra, hay un mundo que me acompaña, personas que son producto de mi imaginación, de las cuales escribo sus vidas, y también parte de la mía.

Mirando todo este trayecto hasta ahora, finalmente llego a la pregunta clave en este proceso: ¿Por qué escribir? Ya he dado algunas respuestas. Comencé porque quería imitar esas historias que había leído, inocentemente pensaba que podría hacer algo tan bueno como Julio Cortázar en *Continuidad de los parques*. Soñé alto, y cuando caí dolió mucho. Después escribía para que me leyeran, otra vez estaba apuntando alto, y nuevamente la caída fue mucho más fuerte, nadie leería los tristes garabatos de una niña que pensaba que era superior y especial porque le gustaba la literatura; no, el mundo es cruel. En últimas, escribir es una combinación entre un acto de amor, egoísmo, satisfacción propia y necesidad de exorcizar por un momento todo lo que está contenido en la mente.

Después de tanto tiempo y mi primer encuentro con la literatura, pienso en por qué entré a la carrera. Lo hice por las razones equivocadas; quería escribir, sí, pero estaba impulsada por la necesidad de pensar que sólo necesitaba afinar mi habilidades y ciega por los halagos que recibían mis textos en el colegio. Suena pretencioso, bien, así era. Creía que sólo las ganas de realizar el acto creativo serían suficientes e ilusamente recuerdo que cuando me preguntaron el por qué estaba el programa de Lingüística y Literatura, yo respondí: “Estoy aquí porque quiero escribir”. Cuatro años me enseñaron que no sólo es querer; la pasión es una parte; el talento otra. Sin embargo, lo realmente importante es la constancia y la práctica del ejercicio creativo, sin olvidar las buenas lecturas por medio de un profesor supe de la existencia de Anton Chejov, Maupassant y Sakí, autores que me volaron la cabeza más de una vez, y se volvieron lecturas obligadas, tan necesarias como respirar.

Ahora que hago una retrospectiva del proceso en general, veo que aquel instante, encontrarme con aquel cuento de Cortázar, no fue pura casualidad. Él afirma que “En la literatura lo fantástico encuentra su vehículo y su casa natural en el cuento” pero también afirma que lo fantástico “está presente en nosotros mismos, en eso que es nuestra psiquis” (s.f) Esto juega un poco con que las posibilidades de lo que debía pasar, o ese era el momento preciso para comenzar la relación que actualmente tengo con la literatura. Soy consciente que sin la literatura no soy nada, ciertamente me debo a ella.

Y por último, y no menos importante, la razón de que esta trabajo viera la luz. La mayoría son escritos, ejercicios donde intento ver cómo los cuerpos narran su historia. *El Relato del cuerpo*, es esa respuesta que estuve buscando del por qué debía escribir creación literaria. La misma idea es pretenciosa, sin embargo se me dio la oportunidad de hacerlo, me ha costado lágrimas de sangre a la vez que ha resultado un proceso satisfactorio. He convivido con personas que no son reales, mundos inventados, sentido sus miedos, sueños, deseos, amores y temores. Son fragmentos de su realidad, instantes de vida y esa conexión que existe entre ellos y yo. Para bien o para mal solo soy un mediador entre mis personajes y el mundo en el que habito.

Referencias Bibliográficas.

- Bolaños, R. (2003). *“El policía de las ratas”*. Tomado de: *El gaucho insufrible*. Barcelona: New Directions Publishing.
- Bustos, R. (s.f.) Texto y sentido. Tomado de: Curso crítica literaria I. Cartagena: Programa de Lingüística y literatura. Universidad de Cartagena.
- Capote, T. (1994) *Música para camaleones*. Barcelona: RBA Editoriales.
- Chejov, A. (2005) *Sin trama y sin final*. Barcelona: Alba editorial.
- Cortázar, J (s.f.) *El sentimiento de lo fantástico*. Dossier II. Conferencia dictada por Julio Cortázar en U.C.A.B: Caracas.
- Cortázar, J. (1969) *Del cuento breve y sus alrededores*. Tomado de: Dossier II.
- Cortázar, J. (1967) *Del sentimiento de no estar del todo*. Tomado de: Dossier II.
- Faulkner, W., Eliot, T. S., Capote, T. Ct. Al. (2006) *El oficio del escritor*. México: Biblioteca Era.
- Miller, H. (1978) *Mi vida y mi tiempo*. Tuilgen Editores. Bs. As.
- Rojas, H. (2003) *Prólogo y compilaciones Jorge García Usta*. Tomado de: *Tomo I: Vigilias de las lámparas*. Cartagena: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Vizinczey, S. (1985) “El escritor y su oficio”. Tomado de: *Verdades y mentiras en la literatura*.

Sonrisa

Me llamo Miguel, tengo 24 años y un hermano gemelo, su nombre es Rafael. Él y yo tenemos como hábito ayudar en el restaurante de la abuela. Entre los dos llevamos los platos del mesón donde los dejan los meseros hasta la cocina para que los laven; bueno para ser sinceros, yo soy al que le gusta hacer eso. Rafael prefiere quedarse sentado en la silla mientras me ve pasar los platos. Muchas veces le reprocho su falta de colaboración, pero me ignora completamente.

Mamá dice que somos sus ángeles y siempre nos da dulces por el trabajo tan importante que hacemos en el restaurante. Eso es bueno: me gustan los dulces. Creo que no podría pedirle más a la vida, solo hay un inconveniente: estoy enfermo y mi hermano también, tenemos síndrome de Down, o por lo menos eso, nos han dicho mamá y la abuela. Mi molestia está en que yo no me siento enfermo, puedo jugar, moverme en la casa, nunca he necesitado quedarme en cama como se supone que hace quienes están enfermos. Gracias a la abuela, a mamá y a la profesora Luz, Rafael y yo aprendimos a escribir y a leer bien, lo único malo es que no puedo hablar correctamente; sin embargo, eso no era importante, siempre me hacía entender con todos.

Todo era perfecto o eso pensaba hasta que sentí que no poder hablar era un gran problema. Hace algunas semanas llegó a trabajar una nueva mesera. Ella es una chica un poquito más alta que yo, con el cabello castaño y largo, los ojos oscuros y la sonrisa más hermosa que he visto en toda mi vida.

Trabaja los fines de semana. No sabía nada sobre ella, me daba pánico preguntárselo, así que me dedicaba a observarla desde lejos, tomé la costumbre de sentarme junto a Rafael a mirar como pasaba apurada de un lado a otro con distintos platos de comida, era divertido, sabía que a los otros meseros les molestaba hacer eso, a ella parecía gustarle, y ella le gustaba a los clientes.

A menudo sonreía cuando atendía a un cliente, se le iluminaba el rostro, los cachetes parecían más grandes de lo normal y sus ojos se veían pequeños, la boca se le ensanchaba a medio lado dejando ver parte de los dientes. Podía pasar horas viéndola sonreír, pero nunca lo hacía conmigo.

No sabía si me tenía miedo o algo parecido, quería decirle algo pero no podía, me era tan difícil. Lo máximo que lograba expresar no se entendía, mis palabras eran más como gruñidos o balbuceos y algunas veces me sentía impotente y frustrado. Había clientes que a veces me evitaban por mi enfermedad. No me molestaba, generalmente después de ver que yo no era malo, ellos se sentían cómodos conmigo, así que no entendía por qué ella no me sonreía.

Pero un día sucedió. Recuerdo que fue un domingo en la tarde. Apenas había pasado un mes desde que ella entró a trabajar, ya no había clientes en el restaurante. Estaba doblando servilletas con uno de los meseros, sentados en una mesa que estaba cerca donde me encontraba con Rafael. Los observé un rato, ella era lenta para doblar servilletas, quería ayudar, me levanté y me senté su lado. No se incomodó. Eso fue bueno. Tomé parte de las servilletas y comencé a doblarlas sin atreverme a mirarla directamente.

En menos de media hora terminamos de doblarlas y al ver que no había más traté de irme lo más rápido que pude, pero mi enfermedad me hace torpe, y antes de darme cuenta me había llevado una silla y terminé en el suelo. Me sentí muy avergonzado, no quería que ella me viera así, intenté pararme lo más rápido posible, su voz me llamo la atención, levante la vista y ahí estaba una sonrisa para mí, ella sonreía ampliamente, no había burla ni miedo en sus ojos, solo comprensión.

¡Hey! Miguel, ¿te ayudo?— ella sabía mi nombre algo en mí se calentó de forma agradable, creo que eso era la felicidad. Me inundaba con ese pequeño gesto, si moría, moriría de dicha.

Creciente

Eran las 8 de la noche y dos amigos estaban sentados en el patio de la cabaña. Adrián estaba fascinado por el cielo, a pesar de que ya llevaba varios días quedándose en la cabaña de Lucas, no dejaba de impresionarle cuántas estrellas se podían ver entre los árboles. Los dos estaban concentrados mirando el cielo y escuchando los grillos en completo silencio hasta que Lucas habló.

—Mira, hay luna creciente, nos está sonriendo.

Adrián centró la mirada en el lugar que Lucas señalaba, y efectivamente vió que la luna era apenas algo visible pero lo suficiente como para formar una pequeña sonrisa.

—Sí, pero llámame tonto: parece una sonrisa macabra, algo así como el gato de Alicia. Adrián soltó el comentario con la intención de demostrar a su compañero que no era ignorante en cuanto a libros.

—Pues si la miras bien, sí, puede ser macabra; sin embargo, piénsalo de esta forma Adrián: cuantas veces has tenido la posibilidad de ver la luna y pensar, ella me está sonriendo. Y ella te sonrío de forma cálida, y más si la miras a esta hora. ¿Ves? es completamente naranja.

Adrián asintió interesado en ese nuevo punto de vista, su nuevo amigo era extraño y tenía ideas locas pero le agradaba escucharlas.

—...El naranja es calidez, casi fuego, así como son los rayos del sol. Ahora dime ¿Cómo puede ser esa sonrisa a medio lado de la luna algo macabro? Al contrario, a mi parecer completamente viva, un pedazo del sol en la noche.

Lucas calló un tiempo y Adrián también, este último sonrió, quizás si la miraba de esa forma su amigo tendría razón, la media luna del cielo le parecía cada vez más viva, y por un momento pudo ver la sonrisa de su amigo en ella.

Vocación

¿Qué es lo que realmente conlleva al deseo? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Que produce en aquellos que lo sienten? Esas fueron las preguntas que se hacía tiempo atrás, se las había planteado la primera vez que tuvo relaciones sexuales con su primera novia en la juventud. En ese momento él tendría diecisiete años y amaba a la chica con locura, su amor era correspondido de la misma forma. Motivados por ese amor decidieron hacerlo.

La experiencia fue única en todos los aspectos, las expectativas, el nerviosismo y la torpeza fueron las sensaciones dominantes. Solo hubo un problema a pesar de que la amaba y quería tener una vida con ella, después de repetirlo varias veces se dio cuenta que lo de ellos no tendría futuro.

Decidió terminar la relación y seguir con su vida, un año después de eso descubrió el amor de Dios. Fue toda una revelación, algo puro y su concepto desinteresado, amar a su prójimo como a sí mismo lo atrajo sobre manera. Movidado por ese principio, decidió encaminar su vida a ello. Ese mismo año entró al seminario y en poco tiempo se encontró completamente convencido de su vocación. Nunca dudo, sin embargo, en todo ese tiempo no logró conocer lo que realmente era el deseo.

Así transcurrió el tiempo. Pasaron más de once años desde que entró al seminario, recién se había ordenado sacerdote, unos 8 meses para ser exactos: por primera vez en su vida se sentía casi completo en el gozo de nuestro señor Jesucristo, aunque faltaba algo, él sabía que con ayuda de Dios encontraría pronto lo que necesitaba.

Recordaba constantemente la primera vez que había oficiado una misa, se sintió como aquella vez, cuando tuvo sexo con ella. Estaba tan nervioso que cada vez que tomaba algo entre las manos, estas le temblaban, cuando terminó el servicio respiró aliviado, lo había logrado finalmente, cierta paz y satisfacción le recorrieron su cuerpo. Quizás nunca sentiría el éxtasis del deseo, pero no le molestaba; Dios era bueno con él.

El sacerdote le apasionaba la pedagogía; incluso al paralelo con el seminario tomó algunos cursos con la intención de dar clases en algún momento. Tuvo mucha suerte y lo supo en el momento, fue asignado a un colegio católico para ser el párroco, el profesor de castellano y religión de la institución, eso había sido un golpe de suerte, porque el paquete incluía que el colegio era un internado femenino tendría un lugar propio asegurado para vivir y lo mejor de todo era que mientras ejercía el sacerdocio, el enseñaría a las jovencitas que estabas ávidas por ser educadas.

Nightmare

Tienes sueños intranquilos y pesadillas interminables, donde eres perseguido por una manada de lobos negros, su objetivo es causar tu muerte. La razón, has nacido diferente. El pelaje que te recubre es completamente blanco. Por lo tanto no eres digno de vivir con ellos o por lo menos, de pertenecer a la manada. Existen dos opciones posibles, escapas buscando tu libertad, o permites que te persigan hasta la muerte. La primera suena bien, si logras huir no terminarías muerto. Pero ellos tienen otra opción: han decidido que no morirás, simplemente perderás el derecho a decidir. Han visto que por el color de la piel que posees, otras manadas de lobos estarían dispuestas a ceder parte de su territorio. Cuando tu manada llega a un acuerdo con una enemiga sientes algo similar a la muerte: lo has perdido todo y finalmente, te ves reducido a la nada. Afortunadamente despiertas no eres propiedad de nadie, sino un hombre completamente libre. Solo fue un sueño pero cuando te llevas las manos a la cara intentando espantar los restos de aquella pesadilla, descubres que tus muñecas tienen grilletes...

Viviana

Me gusta contemplar a las personas, observarlos en sus distintas facetas, lo hago constantemente —supongo que ya eso no es ninguna novedad— incluso lo hago de forma inconsciente, incontables veces me he metido en problemas por esto. Recuerdo en especial un incidente que me pasó hace ya algunos años.

Ese día había salido a mi bar favorito a tomar algo y a sentarme a hacer lo de siempre. Cuando llegué mi mesa estaba ocupada, fue frustrante. Al ver que no pude hacer nada me fui molesto a otra, como sabes no suelo molestarme, pero ese día poco a poco perdí la paciencia, primero fue lo de la mesa, después el mesero no se tomó la molestia de solucionar mi problema. En esa época era cliente fiel del bar, así que tenía mi propia mesa reservada, me había hecho amigo de los dueños y tenía ciertos privilegios y uno de ellos era mi propia mesa, pero al parecer el chico era nuevo y no sabía aquello, así que sin más, el muchacho por así decirlo intentó solucionar el problema, me buscó otro mesa.

Frustrado y resignado, me senté en ese “lugar” del bar...

— ¿Qué tenía de malo?

—La mesa era buena, de hecho me permitía mirar a quien quisiera, aunque, me sentía expuesto, cómo decirlo, vulnerable. No me gustó la sensación, incluso ahora sigue sin gustarme.

Te explico, era una mesa en el centro del bar, y sí, básicamente podía observar a cualquiera, pero también me podían ver a mí, mi lugar estaba ubicado cerca de la

ventana un poco retirado y ligeramente oscuro, lo suficiente para ocultarme y poder escribir sin ningún problema.

Pedí un jugo de mora, no estaba de humor para tomar alcohol, no tenían esa fruta. En ese momento me pregunté si tal vez las cosas podían empeorar. Quería tomar algo con frutas y el mesero me recomendó ron punch, pedí uno y estaba realmente bueno, no recuerdo cuantos me tomé, pero sé que fueron los suficientes como para dejarme aturdido. Saqué mi vieja libreta, esa que está cubierta en cuero...

—Si la he visto, ¿esa que tiene tus iniciales? constantemente te veo acariciarla...
¿Quién te la regaló?

—Me la dieron mis padres...

—Ya... entiendo, sigue por favor.

Bueno, papá me la dio cuando recién había comenzado a estudiar la carrera, él conocía bien mis gustos, pero esa no es la historia, otro día te contaré sobre ellos. Bien, ¿Por dónde quede? Ah sí, la puse sobre la mesa y la abrí. Comencé a observar nuevamente e intenté escribir lo que se me venía a la mente sobre las personas que estaban ajenas a mi.

Siempre fantaseaba con lo interesante que eran las vidas de los otros. Un día animado por papá empecé a plasmar todo tipo de ideas que se me venían a la mente, desde ese día no pude parar. Para eso estaba en ese bar. En ese momento tendría uno o dos libros de cuentos publicados y era medianamente

famoso entre algunos estudiantes de la universidad. Bueno de eso ahí no voy a aburrirte con esa historia, me centraré en lo que realmente quieres saber.

— Dios eres incorregible, tienes razón con lo que de quiero saber quién fue ella, pero también me gustaría saber cómo comenzaste a escribir... bueno no importa... mejor termina tu historia.

—Ok. Ya estaba entrada la noche y gran parte de la frustración se había ido, me sentía mareado y era como el séptimo coctel que me tomaba. El bar estaba lleno, si mal no lo recuerdo era noche de banda en vivo.

Me incomodó el lugar por tantas personas aglomeradas en el mismo espacio, en algún momento de la noche me había salido de mi zona de confort. Traté de calmarme y no pensar en la sensación punzante que tenía en la boca del estómago, pero fue imposible, por mucho intenté escribir no se me ocurrió nada. La noche había sido una total pérdida, así que considere macharme.

— ¡Espera! ¿Te fuiste? Así no más ¿Entonces como la ibas a conocer?

— Siempre tan impaciente, deja de adelantarte que ya voy a eso.

Empaqué mi libreta, llamé al mesero para que me trajera la cuenta, el chico me ignoró, después de diez minutos esperando me fastidié y fui a pagar directamente a la caja, ahí la vi, ella estaba con sus amigas bailando en el centro del bar.

— ¿Cómo era? ¡Dime!

— Dios eres tan ansioso. Ella era una compañera de clases, y era preciosa, su cabello era lacio, rubio ceniza y le caía hasta la cintura, los ojos eran verde claro,

boca pequeña y siempre pintada de rojo, pómulos delicados y una sonrisa perfecta; no era muy alta apenas si me llegaba al mentón y era menuda sin ser escuálida, está bien no lo niego ella tenía un cuerpo hermoso y me gustaba.

Sin embargo, mis problemas empezaron en ese momento. Me quedé tanto tiempo viéndola que todas me pillaron, aunque no hubiera sido tan grave de no ser porque no era la primera vez que me descubrían observando a la rubia. Cuando me di cuenta de que me habían descubierto traté de irme, pero por la prisa se me olvidó pagar la cuenta lo cual no pasó por alto el odioso del mesero que me estaba atendiendo. Imaginarás, el muchachito me armó un escándalo por lo cual todos se dieron cuenta, incluyéndolo a ella. Dios en ese momento desee que la tierra me tragara, me sentí como una cucaracha.

Total, el chico me hizo quedar mal delante de todo el mundo siendo que a mí era quien habían dado un mal trato. Tanto fue el escándalo que hasta el gerente tuvo que bajar a mirar el por qué semejante alboroto, al ver que se trataba de mí, me pidió una explicación y le comenté sobre el mal trato del mesero sin omitir lo de la cuenta, el dueño me miró apenado y se disculpó ofreciéndome un descuento, también hizo que el muchacho se disculpara y me pidió que me quedara un poco más.

— ¡WoW! Tienes sus ventajas ser tú.

—Ni tanto. Verás; si tienes sus privilegios, pero a veces no puedo pasar inadvertido, como ocurrió después. Las cosas ya estaban “arregladas” trate de

irme, sin embargo ella se interpuso en mi camino. Sí, no pongas esa cara, es verdad.

Apestaba a alcohol, tenía el cabello hecho una maraña, el maquillaje estaba corrido, por culpa del sudor y con todo eso aún seguía siendo hermosa. No sabía si estaba ahí para molestarme o algo parecido, la verdad ella nunca me había hablado antes en clases, sin embargo lo realmente raro fue que me tomó de la mano y me arrastró hasta el centro del bar a bailar. Quizás fue culpa del alcohol o que era como un tonto enamorado pero no me resistí, la seguí encantado.

La verdad no recuerdo mucho sobre esos momentos, todo fue confuso, ella junto a mí, mis manos sobre sus caderas, las de ella sobre mis hombros, el calor de su cuerpo, esa sensación fue única. Después de varias canciones ella me pidió ir a un lugar más íntimo, sí... Tal vez no era tan buena idea pero no era idiota, estaba medio borracho y había que hacer un estúpido para no saber qué iba a pasar después. Y siendo sincero no me habría negado a nada de lo que ella me pidiera.

Llegamos a mi apartamento y apenas cerré la puerta, ella se me lanzó encima y me besó, intenté seguirle el paso; confieso que más que un beso apasionado se sentía como si ella intentara succionarme la boca, sus manos iban de un lado al otro al punto que parecía un pulpo tanteando. Todo eso los besos y las caricias me estaban abrumando.

— Si, antes de que lo preguntes, si estaba excitado. Sin embargo ella iba muy rápido para mi gusto...

— El sexo casual lo es, siempre se va a la fija

— Sí pero yo no estaba acostumbrado ni preparado para algo así, necesito ir a mi ritmo.

—Lo sé, a veces se me olvida, aunque eso te da cierto toque... de encanto, quizás eso fue lo que ella vio cuando casi te devora.

— Sí, sí como sea. Ella movía todas sus ventosas de tal forma que logró desabotonarme la camisa...

— Obviamente tenías la cabeza muy activa o ¿no?

—Mejor cállate y déjame terminar.

— Okey, termina, no pude resistirme.

—Aja... En fin. Ahí como pudimos llegamos al sofá de la sala. Ella me sentó de un empujón y siguió con el ataque; la verdad no sé como pero un momento estaba medio vestido y al siguiente ella me había terminado de sacar los pantalones.

— ¡Wow! Eso es ser rápida.

— No sabes cuánto. Bueno ahí fue cuando la cosa se puso intensa y al mejor estilo de una película porno.

Ella se arrodilló frente a mí y sonrió de forma maliciosa, dándome a entender sus intenciones, me bajó los bóxer, mi pene se extendió a sus anchas, le gustó lo que vio, porque ensanchó la sonrisa y se engulló la erección por completo, casi me caigo del sofá de la impresión. Mierda... es que era tan caliente y húmedo ahí. Ella comenzó a subir y a bajar lentamente mientras su lengua iba de aquí para

allá, me sentía como un helado, ella me estaba chupando como si mi miembro fuera un helado y yo estaba disfrutando eso... Era tan... placentero.

— Si definitivamente la chica estaba algo ansiosa.

— Yo también lo pensé. Mejor sigo, cuando logré controlar la sorpresa y pensar más allá del placer que me corría pierna arriba, me centré en verla hacer... Bueno hacer su trabajo.

Ahí caí en cuenta de algo, iba a tener sexo, con una chica que no me conocía bien, solo porque ella estaba borracha, eso me hizo sentirme incómodo, no me mal interpretes no soy un romántico, sólo que no me esperaba que mi primera vez fuera con alguien borracho, sí estuviera en sus cinco sentidos, probablemente nunca me habría mirado más de dos veces y menos para algo como esto. No estaba bien con eso y por muy excitado que estuviera no quería que las cosas terminaran así.

— Entonces ¿qué hiciste? Como iban las cosas no es como si ella se fuera a quedar con el calentón... o ¿se quedó dormida?

—No, ojala se hubiera quedado dormida así las cosas no se habrían puesto tan feas.

Ella aún seguía con el asunto de hacerme sexo oral, en algún momento se había quitado la blusa. La miré nuevamente teniéndola cerca y la verdad me desagradó su aspecto, tenía todo el maquillaje corrido, parecía un payaso pasado por agua, después me fijé bien en su cabello noté que la raíz de este era ligeramente más

oscura, más bien era negra. Fue desagradable, verla así, es decir, era un completo engaño. Entre los nervios, mi inseguridad y su aspecto terminé por decidir que definitivamente no quería hacerlo de esa forma.

Sin embargo, antes de hacer algo ella se me adelantó, levantó la cabeza y me miró extrañada, me preguntó con su vocecita seductora que si algo estaba mal, juro que eso solo aumentó mi desagrado; se escuchaba tan falsa... Creo que vio algo en mí que no le gustó, porque en tono histérico dijo que si había algo que me fastidiaba. Murmuré que no, la tome de los brazos y la aparté, me levanté del sofá y comencé a buscar mi ropa, pero no la encontré de inmediato, no sé dónde la había echado.

Al verme así, se levantó y me siguió, se puso más histérica preguntó nuevamente qué pasaba y por qué habíamos parado, le dije que no era buena idea seguir con eso y que mejor se fuera a su casa, la idea no le gustó, más bien la molesto. Señaló que si no le gustaba, mencioné que todo lo contrario que me parecía linda pero que no creía que fuera buena idea hacer algo como eso estando ella en ese estado. Eso la enfureció, comenzó a gritarme que si era un maricón o algo parecido, que no me entendía. Me reí, ahora por no querer aprovechar me de una mujer borracha era un maricón, eso fue la gota que derramó el vaso. Nuevamente retomó la sarta de insultos, al parecer no la habían rechazado de esa forma o más bien, nunca le ocurrido tal chasco. Recuerdo que en todo el repertorio que me soltó más de una vez me llamó maldito impotente, la verdad no le entendí muy bien hasta que ella misma lo señaló, en algún momento había perdido la erección cuando me estaba haciendo sexo oral, la verdad es que me puse tan nervioso al

darme cuenta de eso, las manos me temblaban, sólo quería que se fuera de la casa y me dejara solo, sin embargo siguió gritándome.

Finalmente, encontré mis pantalones me los puse y forma amable pedí que se fuera, me miró con odio buscó su blusa y se la acomodó como pudo, caminó hasta la puerta y antes de irse me gritó nuevamente que tras de maricón impotente y que todos en la universidad se iban a enterar. La amenaza me importó un comino pero en mi vida nunca me había sentido tan agraviado y humillado por no cumplir con mi supuesta ocupación de hombre. Ella finalmente se fue.

La vi unas cuantas veces por los pasillos de la universidad, cada vez que ella se percataba de mi presencia ponía cara de asco y se iba del lugar. La verdad no sé si le dijo a alguien sobre lo que paso esa noche, yo... Es la primera vez que hablo de esto con alguien, pero si me quedó claro algo, desde ese día ninguna mujer se me acercaba, me pareció raro al principio pero até cabos y al parecer ella sí contó lo que paso esa noche, imagino que quizás fue a una de sus amigas y esta amiga a otra y así sucesivamente hasta que posiblemente todos lo supieron. Siendo sinceros la verdad no me afectó eso, ¡Ja! Andaba muy ocupado con los libros que me habían encargado escribir y en terminar la universidad. No le di mucha importancia al incidente; al final terminé y ando haciendo lo que me gusta así que, estoy bien...

— Bueno, te veo muy tranquilo contándolo, así que digamos que te creo, además mírale el lado bueno tu primera vez no fue una primera vez de mierda, así que en lo que a mí respecta saliste bien librado.

— ¿Eso crees?

— La verdad si, aunque ahora por curiosidad nunca me dijiste el nombre de ella...

—Ahhh... Eso... Viviana, su nombre era Viviana.

— Bonito nombre...

—Por Dios Adrián no sonrías de esa forma es como si estuvieras burlándote de ella.

— ¡Que! Como se te ocurre... Bueno solo un poco. Pero no es para molestarte...
Lucas, ven hay que hacer la cena.

— Si como sea no vas a comprarme solo con comida.

Confesiones

Estaba tan borracho que le costaba ponerse de pie, pero necesitaba levantarse un momento. Tenía las piernas dormidas y el hormigueo era molesto. Intentó levantarse pero no pudo poner un pie en el piso cuando terminó cayéndose. Seguramente se había dado un golpe muy fuerte pero con tanto alcohol en la sangre se sentía flojo. Many al ver a Esteban en el suelo no pudo evitar reírse, estaba atontado.

—Dios, Many no seas tan idiota y ayúdame a levantarme, no coordino bien las piernas.

—Voy, pero ¿Estás bien? Eso debió doler...

—No, no lo sentí, estoy bien. Vamos apúrate.

— Estira tus brazos, agárrate, exacto... Trata de apoyarte con las piernas. Bien, ¿Estás firme?, ahora a la cuenta de tres uno, dos, tres...

Ahí como pudo, Esteban logró subirse a la cama, quedando a gatas sobre Many. Los dos fueron conscientes de su cercanía. Permanecieron completamente inmóviles. El sacerdote podía sentir la respiración de Esteban directamente sobre su nariz y el profesor podía ver detalladamente los ojos oscuros de su compañero y a pesar de que estaba aún adormecido por el tequila, sintió cómo lentamente la descarga de deseo que había ignorado antes comenzaba a calentarle toda la sangre.

Tragó saliva. Estaba demasiado cerca de Many y sabía que en cualquier momento cruzaría la delgada línea y terminaría cometiendo una locura, pero con la ansiedad que le recorría el cuerpo se le estaba haciendo difícil pensar en alejarse de su amigo. Dios sabe que lo intentó, puso todo su empeño en tratar de mantenerse firme, aunque, el anhelo en los ojos de Manuel lo hizo rendirse. Lo besó consciente de lo que podía venir después.

Many sabía a tequila, a bondad y a pecado. Suspiró, esa combinación era única, trató de recobrar la poca cordura que le quedaba, aunque ese simple beso le estaba carcomiendo las entrañas, sabía que era mejor parar eso y más si no había obtenido ninguna respuesta por parte de Manuel. Fingiría a la mañana siguiente que nada había pasado.

A Esteban le sudaban las manos, sentía la boca seca, el corazón le latía tan fuertemente que pensó se le iba a escapar del pecho. Era el momento de huir, intentó apartarse pero notó que Many le había pasado las manos por la cintura manteniéndolo cerca. El profesor se alejó lo suficiente como para observar el rostro de Manuel.

—Cuando te dije que si querías podías pensar en mi cuando te masturbaras, lo dije en serio...

—Pero... pensé que era una broma...

—No... Nunca en mi vida había hablado tan en serio como ahora, sabes...

—Virgen santísima.... Hmm ¿quieres matarme?

—No... Lo contrario, ardo en deseos por esto, tanto que me conformaría con solo ser el centro de tu deseo. Anda solo deja que lo sea...

— Esto... ah yo... no creo... No, no... no creo que....

— Vamos... lo deseas, lo deseas tanto como yo... Porque si eso no fuera cierto no me estarías aferrando.

— Santo cielos... ¿Qué me has hecho?

— ¿Yo? No tengo idea... quizás es lo mismo que tú me haces a mí... déjame ser el objeto de tu deseo... por favor... Solo déjame.

Y sin darle más oportunidad lo besó, pero esta vez, no fue solo un simple rose, profundizó el beso y fue largo y a conciencia. En su lugar Manuel estaba casi en shock, no sabía cómo responder, pero tampoco quería apartarse. El profesor lo pilló por sorpresa y completamente desprevenido cuando lo besó la primera vez, incluso era consciente de que debía negarse, pero simplemente no pudo. Había sentido una emoción extraña y agradable. Desde aquella vez que vio por accidente a su amigo semi-desnudo y desde ahí se le habían prendido las alarmas, por mucho que las ignorara no dejaba de recordar la escena.

Esteban se acercó más a su amigo hasta quedar ahorcadas. En todo el proceso nunca dejó de besarlo, Many comenzaba a responderle de buena gana, sabía que si se detenía ahora la delgada línea que estaban cruzando no volvería a ser la misma.

Después de tantos años Manuel sintió una vez más la cercanía del cuerpo de otra persona junto a él, sin embargo esta vez era diferente, el calor del otro, el percibir la respiración pesada, los latidos del corazón y la textura de la piel de Esteban lo tenían al borde de una sobrecarga sensorial. Era demasiado lo que estaba recibiendo, pero le gustaba, y que lo perdonara Dios, porque no iba a resistirse. Así que respondió el beso, y le supo a gloria, era como probar un dulce que hacía años no comía y sintiera una explosión de sabores.

—Mierda... Many, estas fuera de practica ¿cierto? Pensé que era broma lo de que en todo ese tiempo no habías estado con ninguna mujer.

—Cuando te dije que no, era cierto. Esteban en que concepto me tenías, Virgen santísima, voy a explotar.

— Ni se te ocurra, llegas a parar o algo parecido...

Dejó la frase al aire, le estaban acariciando la espalda y eso lo distraía. Las palmas del otro se sentían calientes sobre su ropa, ansiaba sentir las directamente sobre su piel. Esteban dejó un riego de besos por la comisura de sus labios hasta alcanzar el lóbulo de la oreja de Manuel.

—Many... no sabes cuantas veces quise esto... ¿Sabes hace años que no me confieso? creo esta es la oportunidad perfecta... Padre...

Alargo lo último. Él quería que Manuel fuera muy consciente de lo que pretendía y deseaba.

—... He pecado, he pecado una y otra vez, he codiciado lo que no puedo tener, he quebrantado todo lo que es correcto, cosas de las cuales a veces me arrepiento... Pero mi verdadero pecado es desearte de esta forma, porque no lamento tal cosa. Padre Many, si supieras las veces que me he masturbado pesando en ti, las veces que imaginé arrancándote la maldita sotana, he pecado, con la sola idea de corromperte, esta me carcomía hasta el punto del desespero. Sí, he pecado tanto que no creo que tenga perdón... Pero ¿Sabes qué? En lo absoluto me importa, si de esa manera te puedo tener. Maldición, desearte de esta forma...

Esteban lo miró, se sentía aturdido por el alcohol y caliente cómo el infierno, con cada palabra dicha percibía como el cura iba cediendo, antes si apenas se atrevía a tocarlo en ese momento tenía toda su atención. Las manos que hacia minutos se movían de forma tímida, ahora iban de un lado a otro tanto así que en algún momento notó que las manos de Manuel se habían colado debajo de su camisa, el tacto era entre áspero y delicado, lo estaba volviendo loco. Gimió bajito.

—... Dígame Padre Many, ¿Le hago sentir algo parecido? O mejor respóndame: este pecado tendría perdón de su Dios, sabiendo él lo que me produces...

—No se...

— ¿Me perdonarías tú?

—Yo... Creo que si...

Con esas palabras ambos entendieron que se estaban hundiendo en un barro del cual no podrían salir.

Maniquí

Esa mañana tomó el primer sorbo de café del día. Sintió la calidez que se deslizaba por su lengua hasta bajar por su garganta despertándola del todo, el sabor amargo que quedó en el paladar le recordaba que estaba viva; la sensación la reconfortó. Suspiró. Era mejor irse, tenía un día largo y antes de ir a clases debía ir a su trabajo.

Ana tendría unos veinte años, nadie lo sabía con seguridad, hablaba muy poco de su vida privada. Trabajaba en las mañanas en Bellas Artes y en las tardes asistía a clases de francés en la alianza Colombo Francesa. Aparte de eso no se sabía mucho sobre ella. Se rumoreaba entre sus familiares y amistades que le hacía favores de tipo sexual a más de un profesor de Bellas Artes, sin embargo, todo esto estaba lejos de la realidad, la verdad era diferente. Nunca confirmó ni desmintió los cotilleos, simplemente callaba y se guardaba los insultos que recibía, al fin y al cabo a una persona como ella no le afectaban ese tipo de comentarios.

La muchacha se veía como una modelo, camina como una y se comporta como tal, la idea de que ella fuera una, era casi una certeza. Pero, ¿qué clase de objetos podría modelar alguien como ella? Tal vez su cuerpo, su piel, sus manos, incluso su rostro, cada parte de ella lucía impecable. En el pasado había sido una modelo.

Todo comenzó cuando tenía diez y su madre obsesionada con la belleza infantil de su hija la inscribió en clases de modelaje; las cosas se le daban con facilidad, era buena, tenía talento natural para aquello, era el perfecto maniquí con que

adornar cualquier estante y llevar todo tipo de prendas, era como vestir a una muñeca.

Un día aquella muñeca cambió. Fue cuando salió a flote su verdadera belleza, las caderas se ensancharon, sus piernas se tornaron largas y esbeltas, los pechos crecieron hasta el punto de ser exuberantes y plenos, el cabello que siempre había sido rojo se tornó más oscuro haciendo que Ana luciera más pálida de lo que en realidad era. Se veía menuda y frágil, tenía labios delgados igual de pálidos que el resto de su cuerpo, los ojos eran cafés con pestañas largas, cejas finas y pómulos pequeños. Ese conjunto era lo que a muchos hombres les gustaría tener como trofeo; en otras palabras algo que desearían tener por novia o esposa: una baratija de mostrador.

La chica estaba acostumbrada a complacer a otros, siempre lo había hecho, se acostó con muchos hombres y simuló estar en infinitas relaciones. Era la mujer perfecta, pero había un problema con ella, Ana no sabía qué era tener voluntad propia. Hacía siempre lo que los demás le pedían, cualquier cosa, no importaba, ella intentaba satisfacerlos. De este modo se convirtió en un figurilla viviente, desprovista de carácter y temple, completamente vacía. Así transcurrió el tiempo, entre novios, amantes, amigos y desconocidos, que pasaban por su vida sin dejar ningún rastro.

Las cosas para Ana se tornaron diferentes, hacía poco le habían ofrecido un trabajo como modelo para las clases de arte, aceptó porque le pagaban bien. Así que todas las mañanas se levantaba temprano, preparaba café y se iba hasta

Bellas Artes. Al principio solo era sentarse en mitad de una clase de veinte personas, donde la mayoría eran estudiantes y se dedicaban a dibujarla o pintarla según el gusto de cada uno.

Después de unas semanas el profesor que la contrató le preguntó si podía posar desnuda, le pagarían el doble y solo tendría que hacerlo unas cuantas veces. La idea de estar desnuda no le desagradaba, ya lo había hecho antes, pero esta vez era diferente. Al imaginarse desnuda ante tantos desconocidos, hizo que una pequeña corriente le atravesara todo el cuerpo, era algo parecido al miedo, sintió expectativa y aquello le gustó. Quería sentirse así nuevamente y terminó aceptando más por curiosidad ante la situación, que por el dinero mismo.

Guardó el secreto, sabía que si Víctor, su actual novio se enteraba le impediría hacerlo. Últimamente la celaba constantemente, por lo tanto solo le mencionó la verdad a medias, que posaría para que le hicieran retratos. Él no estuvo muy contento, pero después de ver el primer pago que no volvió a molestarla. Al final, en la mente de Víctor, Ana era una posesión más.

Una voz la sacó del recuerdo, la profesora le pidió que cambiara de posición. Se pasó la lengua por los labios y notó que el sabor penetrante del café que aun persistía en su boca. Estaba recostada en un sofá, permanecía lo más quieta posible y se encontraba desnuda debajo de una sábana que hacía la ilusión de cubrirle los pechos y la entrepierna. Le gustaba observar a todos los estudiantes que estaban en la clase, le resultaba entretenido verlos ahí sentados por horas tratando de pintarla, sin embargo la sensación electrizante que tenía cuando

posaba por primera vez desapareció casi del todo. Lo que comenzó siendo algo intenso se vio reducido a apenas un leve cosquilleo. Eso la decepcionó, pensó que quizás era hora de dejar aquello, al final nuevamente se sentía vacía. En ese momento lo decidió: esa sería la última vez.

Cuando la clase acabó, recogió sus cosas. Se vistió consciente de que no volvería a tener una emoción de ese tipo, se sintió afligida pero intentó convencerse de que eso sería lo mejor. Si Víctor se enteraba de lo que hacía, no lo iba a soportar con su humor de perros.

Decidida habló con el profesor, quien se mostró abatido por la decisión. Le señaló a Ana que había sido la mejor modelo que habían tenido, los chicos estaban contentos por trabajar con ella, le enumeró infinitas razones por la cual no debía dejar el puesto, incluso ofreció pagarle más y disminuir las horas que tuviera que posar. Después de ver la firmeza de Ana, intentó ofrecerle un último trato; solo debía posar una última vez y por esa sola sesión se le pagaría casi cuatro veces más de lo usual. A lo que ella aceptó, más por la insistencia que por el dinero.

Los días que siguieron, Ana se encontró pensando sobre aquel último trabajo, al principio accedió, imaginando que iba a ser una clase cualquiera y la persona que la contrató era un estudiante importante. Más tarde se enteró que era un pintor quien la solicitaba, el profesor le hizo el contacto. El trabajo sería sencillo. Sólo estarían ella y el pintor, nadie más, pero decidió restarle importancia al asunto y tal como habían acordado, Ana llegó a la casa del hombre.

Se sintió vacilante, dudaba de haber tomado una buena decisión, no conocía al pintor y no sabía qué le iba a pedir. En su experiencia con los hombres, todos querían sexo, quizás él también deseaba lo mismo, sin embargo, no quiso darle más vueltas la cuestión y tocó el timbre. Ya estaba ahí así que por qué dudar.

Transcurrieron unos segundos antes de que la puerta se abriera. Un hombre mayor la invitó a pasar, tenía la cara y los dedos sucios de pintura, a Ana le parecía familiar, lo había visto antes, estaba segura, aunque no lograba recordar dónde exactamente. Trató de no pensar en eso y entró. La sala estaba ocupada apenas por dos bancos altos y un caballete que tenía un lienzo en blanco, Ana pensó que ahí tendría lugar la sesión y antes de preguntar algo dejó sus cosas a un lado y comenzó a desvestirse.

Por un leve momento la idea del pudor le pasó por la mente, pero rápidamente la desechó. Hacía mucho tiempo había perdido cualquier tipo de recato, ahora solo quedaba Ana, la novia de Víctor, la chica preciosa, el ser que se moldeó a partir de los caprichos y deseos de otros. Una punzada se le clavó en el corazón, por unos segundos se sintió miserable, al fin y al cabo, ¿quién era ella en realidad? Se preguntó hasta que unas manos sudorosas le tomaron de los hombros despertándola.

— Espera ¿Qué estás haciendo?

— ¿Yo? Me desvisto.

— Eso puedo ver, pero ¿por qué?

— ¿Me contrataste para eso, cierto?

— En parte, aunque no soy de los que pinta a alguien sin antes conocerlo un poco, si lo hago sin su permiso siento como si estuviera cometiendo una violación.

Ana lo miró perpleja, nunca había escuchado algo parecido, a ella le pagaban por posar desnuda, por lo tanto aceptaba que la vieran de esa forma. Cuando tenía sexo con Víctor era porque él lo deseaba, no importaba si ella quería o no. Cuando era niña, su madre la llevaba constantemente a exhibirla en una pasarela y en realidad a su madre nunca le importó si su hija quería ir o no, siempre repetía “Mi pequeña rosa debe ser conocida, todos deben saber de tu belleza”, por lo que no se negaba. Pensó que ese hombre era extraño a su parecer.

Hablaron un poco más, se presentó como M... no dio más detalles sobre sí mismo, mencionó que pintaba por hobby y le confesó que más de una vez se había metido en las clases donde ella era la modelo para hacer bocetos. Ana lo recordó entre los estudiante. Él le explicó que le fascinaban los rasgos de su rostro y no podía evitarlo, tenía cierta fijación por su simetría y deseaba realizar un boceto.

Después de un rato él la guió a otra habitación, era un espacio amplio, con dos ventanas a lado y lado que permitían la entrada de la luz del sol, había varios caballetes, pinturas por todos lados, un cuadro sin terminar que no se había secado del todo, un sillón y varias sillas.

Él le indico dónde era el baño, la modelo fue y se desvistió. A medida que se quitaba cada prenda, el cosquilleo de antes fue regresando gradualmente hasta concentrarse en su vientre. Si Ana en realidad se conociera tan bien como creía,

en ese momento hubiese entendido que ese era el primer aviso de que no volvería a ser la misma después de ese trabajo.

Cuando regreso, él se había limpiado las manos de la pintura, tenía dedos largos y delgados, tanto que se veían frágiles. Le indicó que se sentara en el sillón y le explicó qué haría mientras hablaba. Le mostró cómo deseaba que posara. Le acomodó el cabello cubriéndole parte de los senos. La cercanía era tal que él se quedó unos instantes mirándola fijamente a los ojos y sin poder evitarlo llevó su mano hasta su garganta, Ana sintió el calor y la humedad de la palma contra su piel, se habría apartado pero la idea de que él la besara no le desagradó, de no ser porque él retiró la mano demasiado rápido, lo habría permitido.

— ¿Ana?

— ¿Dime?

— Hay una última cosa que quiero que hagas, necesito que te imagines teniendo sexo con tu novio o con quien tú quieras.

— ¿Por qué debería hacer algo así?

— Es porque me gustaría pintarte como una alusión al placer, sabes a qué me refiero, ¿Cierto?

Ana asintió e intentó pensar en ella y Víctor teniendo sexo. Trató de expresar en su rostro la situación; la verdad no sintió gran cosa, de hecho se sintió incomoda, no le gustaba tener relaciones con Víctor, lo hacía más por compromiso que por gusto.

— ¿Alguna vez te has masturbado Ana?

La pregunta la sacó de lugar, ¿qué tenía que ver eso con la pintura que él estaba haciendo? Lo observó unos momentos. El sudor corría por su frente, el cabello estaba peinado hacia atrás, dejándole ver sus facciones duras y afiladas, las mejillas ligeramente hundidas le daban la apariencia de alguien que no comía mucho; le recordaba a las chicas con las que modelaba de adolescente, siempre obsesionadas con su peso, se veían demacradas. No él parecía enfermo, todo lo contrario, era de contextura gruesa a pesar de tener aspecto demacrado. Los ojos, el cabello e incluso su rostro brillaban...

—No tendría por qué responder eso.

Cuando habló sonó cortante, comenzaba a desesperarse y la sensación del estómago solo aumentaba con cada mirada o palabra que hacía o decía, sin contar que la petición era muy rara.

— Ana, no me mires de esa forma, lo digo porque acabo de pedirte que te imaginas teniendo relaciones sexuales y lo que eso te producía, y en vez de reflejar deseo tenías cara de estar siendo torturada, por eso te pregunto. Dime ¿Lo has hecho? O sea, masturbarte o mejor dicho, esa no es la pregunta correcta, ¿Ana, has tenido algún orgasmo? ¿Sabes qué es, cierto?

Eso último la dejó pensando, recordó cada una de las veces que había estado con algún hombre; sí, sentía cierto placer, no recordaba tener alguna de esas sensaciones que describían las chicas con quienes trabajaba, a veces pensaba que eran puros inventos y solo lo decían para exagerar lo buenas que eran sus

parejas en la cama. A todos les encantaba mentir y contar los hechos a su manera.

— Por la forma en que me miras supongo que no sabes... Esto será un problema, realmente quería pintarte de esa forma, eres hermosa pero no logro que me muestres más que esa cara bonita de muñeca que tienes, sé que hay más debajo de toda esa belleza, quiero verte como realmente eres...

Esas palabras calaron hondo en Ana. Siempre que hablaba con alguien, todos se fijaban en su rostro, en lo simétrico y expresivo que era, nadie nunca le preguntaba qué pensaba, todos daban por entendido que la comprendían, y este hombre le estaba pidiendo con tono amable que le mostrara más. Se sintió incomoda, la maldita sensación del estómago aumentó, escuchó cómo el corazón le latía rápido. Entonces lo comprendió: estaba expuesta y frágil, tenía miedo a sus preguntas, a esa forma suya de mirarla, de hablarle como si fuera valioso. Ella simplemente era una muñeca, todo el mundo se lo había dejado claro, decidían y opinaban por ella, en cambio él le pedía que le enseñara como realmente era, solo que Ana no sabía cómo.

— No sé... No sé cómo hacer que me veas, no sé qué quieres, simplemente no tengo ni idea, Yo... Yo... No lo sé — Musitó incomoda.

El pintor observó aquel proceso. Ana se había derrumbado. Ahora era una muñeca rota, pero las emociones estaban ahí, brotando como un volcán en erupción lastimándola, haciéndola un completo desastre. Él anhelaba pintarla desde que la vio por primera vez. Le fascinaba plasmar las emociones. En un

principio solamente quería pintar la lujuria reflejada en su rostro, pero poco a poco cambió de parecer; ansiaba algo más, cuando se trataba de Ana, él la deseaba, no únicamente su cuerpo o sus emociones; necesitaba poseerla a un nivel en donde nadie la hubiera alcanzado y este era la clave de todo, lo supo al ver que esa niña no tenía idea qué era realmente el placer. Con esa certeza se acercó hacia ella.

La había visto infinidad de veces expuesta, y sin embargo, cuando posaba desnuda no se reflejaba ninguna expresión en su rostro, era ajena a lo que le rodeaba. Ahora era diferente. Ana estaba nerviosa, insegura y rota por su culpa, el pintor tenía los fragmentos de ella en sus manos. Finalmente, podía moldearla a su gusto y darle un significado diferente, enseñarle la lujuria y poder pintarla, pero lo más importante era que lo que resultara de aquello le pertenecería.

— Ahora déjame enseñarte cómo debes hacerlo...

La besó de forma lenta. Quería darle la oportunidad de asimilar todo lo que iba a pasar. Ana no supo qué hacer, ante aquel gesto se quedó petrificada, sentía que si continuaba lo que estaba comenzando a hervir dentro iba a explotar hasta consumirla. No sabía si deseaba eso. Él notó la incomodidad de la chica, quizás necesitaba calmarla de alguna forma, las palabras no habrían servido de mucho y ni que decir de las acciones, lo pensó un momento y salió de la habitación.

Pasaron varios minutos y el pintor aún no regresaba. La confusión se apoderó de ella, él se ofreció para tener sexo con ella, y que la dejara de esa forma la desconcertó. Quizás ya no era tan hermosa o simplemente al notar su inseguridad

había perdido todo interés. Definitivamente algo no estaba bien. De alguna forma era consiente que esta era la primera vez que alguien no la deseaba por su cuerpo y lo había arruinado.

Se cubrió con la bata. Quería irse; lo buscaría, se disculparía, tomaría sus cosas y se iría, necesitaba pensar todo lo que le habían dicho, solo que Ana no llegó a hacer ninguna de estas cosas. Tan rápido como se había ido estuvo de vuelta con una botella de Merlot y dos copas de vino. Le dio una y le sirvió hasta la mitad de la copa.

—Bebe esto, estas nerviosa y tensa, quizás te relaje un poco.

Lo obedeció sin decir palabra. El alivio que le recorrió el cuerpo fue indescriptible. Tomó un sorbo del líquido rojo, el aroma dulce no opacaba el olor penetrante del alcohol. Sintió cómo bajaba por su garganta enfriándola por dentro. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. El pintor la imitó y siguió observándola, pudo ver en su cara cómo se tranquilizaba y advirtió que los pezones se marcaban por debajo de la tela que ahora la cubría, lamentó seriamente que ella no estuviera completamente vestida.

El pintor adoraba el cuerpo femenino; lo reverenciaba. En su trabajo, le gustaba palparlo constantemente y se daba el lujo de quitar cada prenda de forma lenta mientras reconocía a su compañera de cama. Para él cada mujer era un mundo distinto que necesitaba conocer.

Le quitó la copa de las manos, en sus ojos se podía ver el desconcierto que estaba siendo contenido, se sintió importante casi como Dios; finalmente él iba desatar el caos que la destruiría y la volvería a armar.

La besó, esta vez no permitió que dudara o se apartara, la tomó firmemente de los brazos guiándola hasta el sofá. Ana no se resistió, había estado esperando esto desde el principio. El pintor se dedicó a recorrer su cuerpo con sus manos. Acarició su cuello, bajó hasta sus pechos y apartó la tela hasta dejarlos al aire. Tomó los pezones entre sus dedos, los tocó un momento para medir las reacciones pero no vio ningún cambio o gesto que le indicara algo, así que ese no era el lugar. Probaría con algo más. Siguió hasta llegar a su ombligo, quería retrasar la llegada a su sexo, crear expectativa siempre estaba bien. Sin embargo le faltaba algo, la chica solo lo miraba atontada, no protestaba y no se oponía; esa actitud comenzaba a molestarlo.

Se detuvo, no era esto lo que tenía pensado, quería verla descontrolada o molesta por lo que le estaba haciendo, pero ella seguía ahí perpleja, esto lo enfureció, necesitaba algo para que despertara de ese modo automático en el que parecía estar. Miro a todos los lados y vio la copa de vino la cogió y aún estaba fría, sin pensarlo mucho la derramo por los senos y el vientre de ella, vio como el líquido rojo bajaba hasta concentrarse en la unión de las piernas.

Ana lo miró atónita. Él estaba loco, iban manchar el mueble, trató de alejarlo pero el pintor no la dejó, la sostuvo firme de los hombros, calló de rodillas ante ella y siguió con la lengua el rastro del vino hasta bajar a su sexo, de donde bebió. Le

separó las piernas, observó las pocas gotas que se deslizaban hasta perderse entre el vello púbico. El pintor deseó más. Bajó la cabeza hasta quedar en la hendidura de su centro.

La sensación que se originó desde la parte baja del vientre de Ana alcanzó cada lugar de su cuerpo, subiendo de forma rápida y despiadada. Ella no pensaba, no lograba formar ni una idea coherente en la cabeza, lo que se desprendía de su sexo era más potente que su razón o su voluntad. Si era que ella tenía voluntad. Lástima que en ese momento no pudiera darle un uso, primaban más las sensaciones, la corriente la recorría y se concentraba con mayor fuerza en su centro hasta que se hizo casi doloroso que el pintor la tocara con su lengua.

Él besó, lamió, chupó hasta el saqueo. Podía sentir que ella estaba cerca del orgasmo, la humedad en su barbilla la delataba y la forma en que sus muslos se tensaban alrededor de sus hombros; faltaba poco. Entonces la mordió no tan fuerte como para causarle daño, pero si lo suficiente para que explotara.

El estremecimiento que le recorrió el cuerpo la tomó por sorpresa, la mezcla entre dolor y placer la dejó sin respiración por unos segundos y con la sensación de que podía tocar el cielo con los dedos. En algún momento mientras ella estaba en ese estado de semi-inconciencia, el pintor se levantó. La prueba de la liberación de Ana brillaba en su rostro, pero a él no le importaba. Agarró los pinceles y sus pinturas y retomó el cuadro.

Pasaron horas donde solo se podía observar como movía de un lado al otro el pincel, dando trazos furiosos. Ana lo observó desde su posición, la erección que

se notaba entre sus pantalones, estaba firme y dura, pidiendo atención, sin embargo la necesidad física había quedado a un lado, terminar la pintura era fundamental. Así transcurrió el tiempo hasta que el pintor dio término al lienzo.

La modelo deseaba saber la razón por la cual él no terminó lo que comenzó. Ella estaba dispuesta a hacerlo, no sería ni el primero ni el último hombre con el que tendría relaciones. Se calentó nuevamente con la idea, pensó en sus manos tanteando su piel, en su boca recorriéndola una vez más y en su virilidad hundida profundamente en ella. Un gemido se le escapó de los labios.

Ante el sonido, él sonrió. Esta nueva Ana era su creación, y estaba orgulloso de ello. Firmó el cuadro y se levantó, tardaría unos días en secar, después decidiría qué hacer con él. Caminó hasta donde estaba ella, le tendió la bata y le besó la frente. Ana lo miró atónita, pensó que acabarían lo que empezaron, pero el gesto lejos de parecerle un rechazo fue como una despedida. No volvería a verlo, eso era un hecho.

Recogió su ropa y se vistió. No hubo necesidad de despedirse ni de hablar. El silencio dejaba todo claro. Cuando estuvo afuera de la casa, la brisa marina le desordenó el cabello. Ya era de noche, sacó su celular del bolso y marcó el número de Víctor. Llamó y no recibió respuesta. Lástima, él le hacía las cosas tan fáciles.